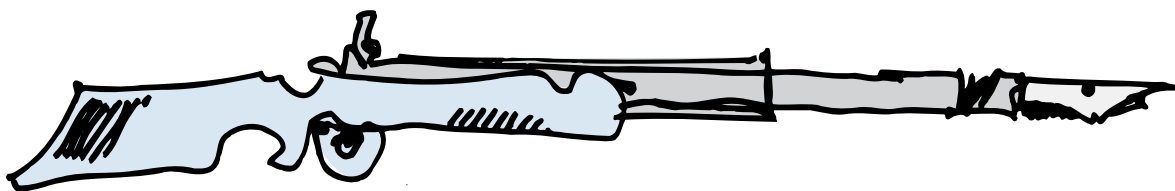


La victoria cultural en la lógica de las decisiones públicas: *el PAN y sus gobiernos*

Armando Rodríguez Cervantes



Por primera vez en toda la historia de México como Nación soberana, en el año 2000 un partido político logró alcanzar el poder nacional.

Con anterioridad a esa fecha, el ascenso al poder en nuestro país siempre fue precedido de elementos que de distintos modos pervirtieron la voluntad de la sociedad y prescribieron la vía institucional, para sustituirla por distintas formas de violencia (armada y verbal); por opciones caudillistas (de culto a la personalidad); y por la imposición de proyectos ideológicos (personales o de grupo), disfrazados de aval popular. En todas esas modalidades, la vía democrática y partidista brilló por su ausencia. Basta con echar una mirada a la historia para corroborar fácilmente lo anterior.

Desde el momento mismo de la independencia nacional, en 1821 y durante las siguientes tres décadas, el poder se dirimió en una lucha fratricida inter logias, cada una de las cuales respondía a diferentes proyectos de Nación y fueron encarnadas por sus hombres fuertes; preponderantemente de ascendencia criolla. Mediante la asonada y la traición

fuimos testigos de la manera como el rito y los personajes desplazaron respectivamente, a los programas y a la sana confrontación de ideas. Emblemas del poder en ese periodo fueron Iturbide y Sana Anna.

Para 1856, y durante las subsecuentes dos décadas, el país experimentó la etapa de mayor confrontación ideológica vivida hasta entonces, que terminó por determinar el andamiaje sistémico del Estado mexicano como republicano, federal y presidencialista. A través de una cruenta guerra civil y de la invasión extranjera, presenciamos el modo como el sectarismo impuesto y el fusilamiento del adversario, impidieron la conformación auténtica de opciones partidistas. Los más importantes símbolos del poder de esa época fueron Juárez, Miramón y Maximiliano.

Hacia 1876, y durante los próximos tres decenios, México padeció un periodo de paz forzada. La matanza en caliente, el aplastamiento de la disidencia y la reelección vitalicia, fueron obstáculos decisivos para la conformación de partidos políticos auténticos que contendieran legiti-

mamente por el poder. Aunque al finalizar esa etapa fue electo democráticamente el Presidente Madero, su ascensión fue más el producto de un levantamiento armado que de una competencia electoral y partidista verdadera. El emblema sine qua non del periodo fue Porfirio Díaz.

A partir de 1913 y por los siguientes tres lustros, la silla presidencial se definió claramente mediante el asesinato y la eliminación de las facciones revolucionarias entre sí. A partir de ese momento el país comenzó a tomar conciencia de la importancia de las instituciones, e incluso se redactó nuestra Constitución vigente; pero el ideal de la competencia electoral no se logró concretar. El asesinato vil del adversario y la sed personalísima de poder, avasallaron los primeros intentos serios de acceder al poder a través de la política partidista. Los hombres del poder más representativos de esta época fueron Carranza, Obregón y Calles.

Para 1929, el acceso a la presidencia mediante el homicidio inter caudillos, fue sustituido por el ascenso a la silla a través de camarillas; luego

de que las facciones vencedoras del periodo revolucionario se pusieron de acuerdo –por mediación de Calles–, en que la silla presidencial emanara de una agrupación creada ex profeso desde el poder para dicho fin. Así fue como se concluyó con la etapa abiertamente violenta para transitar al de la abierta simulación democrática con careta de farsa helénica. Ese año Vasconcelos protagonizó el primer intento serio de alcanzar la presidencia por la vía democrática; aunque ante la ausencia de verdaderos partidos políticos consolidados y con presencia general, fue derrotado a la mala por las huestes revolucionarias con ropaje de partido político. El poder de corte personalista fue sustituido pues, por el hegemónico de grupo, con máscara de institucionalidad. A partir de ese instante y por las siguientes siete décadas una dictadura colectiva con careta democrática, se repartió el poder por turnos. Desde luego el exponente emblemático de poder en ese largo periodo de oscurantismo democrático lo encarnó el PRI.

La victoria del PAN en el año 2000 fue pues, la primera lograda por una opción política institucional y seria, por la vía democrática y electoral. Con lo que también en 2000, Acción Nacional se convirtió no sólo en el primer partido político en alcanzar el poder en México, sino también en el primero que lo logró de manera pacífica, y sustentado en una sólida doctrina e ideario. Era el PAN hasta ese año, el instituto político más viejo en el mundo que no había logrado alcanzar el poder. Pero el Partido no cejó en su empeño y en su estoica paciencia de ir preparando el camino, de ir sembrando conciencia cívica, hasta que por fin logró incendiar millones de almas. La premonición de Gómez Morín a Vasconcelos en su famosa carta de 1928 se volvió realidad: valió la pena sacrificar la improvisación de corto plazo y apostarle a construir una organización selecta, capaz de perdurar.¹

Así fue como el PAN transformó la lógica del poder en México: de la revolución de las balas impulsó exitosamente la revolución de los pulgares pintados.

La llegada de Vicente Fox a la presidencia de la república en 2000 fue el banderazo de salida para traducir la victoria cultural de Acción Nacional en un legado histórico que trascendiera a nivel nacional. La concepción del poder público que llegó a Los Pinos en 2000, estuvo basada en auténticos valores; algo inédito en nuestro país. Las decisiones públicas concretas que a partir de ese momento tomó el primer gobierno federal emanado de nuestras filas, estuvieron sustentadas además en la sólida tradición democrática y humanista del PAN. Haberlas puesto en práctica, trajo sin duda enormes beneficios para la Nación, muchos de los cuales se notaron de inmediato y otros más tardarán aún en percibirse. Varias de esas decisiones fueron difíciles, y como era de esperarse, despertaron una fuerte reticencia de los tradicionales grupos de interés, acostumbrados a la canonjía, al acuerdo debajo de la mesa y a la permisividad cleptocrática. Al notar un cambio en la forma de entender el poder y desde su visión patrimonialista de décadas, tales intereses creados impusieron fuertes obstáculos en el tránsito hacia una verdadera democracia. Primero estaban ellos, después México. A pesar de los costos que se tuvieron que pagar en términos de reformas y consolidación de una nueva visión de poder, el camino trazado por Acción Nacional y el Presidente Fox, fueron los correctos. La otra vía, la fácil, hubiera optado por claudicar de los valores y de la congruencia panistas; a cambio de acuerdos que lejos de consolidar un mejor México, hubieran generado que Acción Nacional se fallara a sí mismo. Por el contrario, fueron precisamente el reconocimiento ciudadano a la congruencia y los valores del PAN, factores determinantes en el triunfo del Presidente Calderón en 2006. No permutar nuestra dignidad por diversos platos de lentejas, es lo que hoy por hoy nos da la fuerza mo-

ral para seguir cambiando a México.

Por ello nunca como ahora, se ha hecho tan necesario que el PAN logre consolidar su visión del poder desde la sociedad civil –su victoria cultural–, para blindar a México de intentonas paralizadoras e incluso regresivas. Tenemos el deber histórico de construir un mejor México. Tenemos la obligación moral de proteger a la joven democracia mexicana a la que contribuimos decisivamente a fundar, de sus peligros más inminentes. No podemos ni debemos capitular.

Es el camino más largo y difícil de todos, es la ruta que nos va a alejar del aplauso fácil y nos granjeara presiones de los grupos de interés de todo tipo, sí, pero también es el camino que tenemos la obligación moral y ética de seguir, para responderle a los mexicanos. Es una tarea que requiere una valentía y gallardía absolutas. Por eso somos diferentes y mejores y tenemos que demostrarlo de manera permanente.

En esa vía, debemos tener como visión integral, la erradicación de los peores lastres que hoy en día laceran a la sociedad mexicana, entre ellos, el crimen organizado (amenaza a la seguridad nacional); la pobreza y el desempleo (obstáculos al bien común); la corrupción (cáncer social); las opciones políticas irresponsables (amenaza a las instituciones de la democracia); el sindicalismo corporativo heredado (obstáculo para la competitividad internacional); las políticas migratorias discriminatorias (afrenta a nuestra dignidad nacional), entre otros.

Es esa la visión permanente que el PAN y sus gobiernos deben tener. Es el camino del que los gobiernos y su Partido, no se deben alejar. A ello contribuiremos desde nuestra propia trinchera. ■

¹ V. carta de Manuel Gómez Morín a José Vasconcelos (03 de noviembre de 1928) en KRAUZE, Enrique, *Caudillos Culturales en la Revolución Mexicana, Siglo XXI editores, México, 1976, p. 273.*